

La Vocación Cristiana en el Mundo Actual

EL PUEBLO DE DIOS — único valor estable — está presente en el mundo, llamado a dar testimonio en conjunto y armónicamente. Esta presencia debe santificar al mundo, a manera de fermento. El laico no es un puente entre la Iglesia y el mundo: es el propio mundo. Los laicos no son la "clientela" de la jerarquía, sino animadores, y a través de ellos de ejercer el reconocimiento práctico de las estructuras temporales. Jerarquía y fieles, unidos indivisiblemente, constituyendo un todo, fueron enviados al mundo. El apostolado del Pueblo de Dios. La entrada en este Pueblo por el bautismo, confiere a todos la triple dignidad de realeza, sacerdocio y profetismo. Para cualquier cristiano, aunque sea Papa, no hay día más importante que el de su bautismo.

A la pregunta "¿Dónde está el laico?" habría que contestar: ¿Dónde NO ESTÁ el laico? En efecto, se lo encuentra en su casa, en su familia, en su profesión, en una palabra haciendo la cultura y la civilización. Es verdad que el clérigo hace a éstas aportes, pero lo hace como hombre o como laico. La historia empezó mal, porque se inició con el diablo. Sin Adán, sin Eva y sin la tentación del diablo, no habría habido historia. Los laicos tienen la misión de hacer la historia, y la historia, partiendo de estas premisas tiene la de devolver el mundo a Dios. Por eso hay que conocer el mundo, no rehuir su contacto, ni fingir que ignoramos sus problemas. La sociedad moderna, ante su propio poderío, siente seguridad y también angustia; esperanza o intranquilidad. Vivimos en el dolor de toda revolución, de toda transición.

La desorientación es general y el cataclismo es posible. El existencialista de Heidegger Sartre y Camus, expresan la tremenda confusión de las conciencias. El cristiano laico debe asumir esta realidad y devolverla a Dios.

En los últimos años la teología amplió la participación en la vida divina a la noción de participación en el Cristo total, en el Hombre Dios. Por eso la gracia es historia, y al ser universal, trabaja en toda la humanidad, aun la no cristiana. Filipinas tiene particularidades históricas propias, que el cristiano en su tarea habrá de respetar. Filipinas tiene su realidad propia que el laico debe tener presente, porque debe partir objetivamente de la realidad.

Editorial

El Concilio Y El Laicado

EL OFICIAL reconocimiento eclesialístico por parte del Concilio Vaticano II — tras larga espera — de que los fieles desempeñan un rol activo en la Iglesia y en su divina misión mundial, reviste grandísimo interés para todos los católicos del mundo.

La Iglesia, admitiendo formalmente la dignidad y libertad de sus miembros, reconoce que a nosotros, los seglares, nos incumben graves responsabilidades. En virtud de nuestro bautismo, llegamos a ser no sólo cristianos, sino también parte integrante de una Iglesia viviente, destinados a jugar un rol definitivo en su misión global. Ya en la familia, ya en la sociedad, ya en la política, ya en asuntos universales, el laicado cristiano lleva en sí la semilla de la caridad cristiana, que constituye la piedra de toque de la Fe católica. Con su ejemplo, con su habla, con sus obras, el seglar comparte la misión divina. De él han de emanar, pues, la enseñanza, la influencia, la moral y la ética del Cristianismo e inocularse en el quehacer de la familia y de la vida social, en la política nacional e internacional a través de una corriente en franco avance. Esta corriente la constituye la fuerza colectiva de medio billón de católicos.

El laicado católico debe tornarse en fuerza viviente que respalde eficientemente la historia de la Iglesia que seguirá hilvanándose continuamente. La voz del laicado católico — que de ahora en adelante será escuchada — y no seguirá siendo una voz solitaria en el desierto de predominio eclesialístico. Ya se le prestará oído dentro de las augustas aulas de asamblea de la Iglesia, como también dentro de los confines de la parroquia y de la diócesis. Ya será escuchado con más convicción y confianza por lo que hace a su definitivo e inalienable rol dentro de la Iglesia.

Cuando antes el laicado católico se daba, acaso, a la adulación por miedo de aparecer sacrilego en sus investigaciones y declaraciones en materia que le perturbaba seriamente la conciencia por lo que a su Fe hacía (a la luz del pensamiento y prácticas modernas), ahora ya se le escuchará. En adelante sus ideas ya serán recibidas y tratadas con respeto; ya se les brindará la debida consideración y estudio.

Después de todo, Cristo estableció la Iglesia no solamente para sacerdotes, obispos y cardenales; ni siquiera solo para el Papa. Cristo fundó la Iglesia para todos los miembros del Cuerpo Místico, para todo pagano, todo no cheyente, todo no cristiano que se entrega a la búsqueda de la Luz y de la Verdad. La Iglesia fue fundada con una de nosotros, ya seamos religiosos, ya seglares.

El decreto sobre el Apostolado del Laicado, aprobado y promulgado por el Concilio Vaticano II, marca un cambio abierto en la actitud oficial de la Iglesia hacia el papel y capacidad del laicado católico, o sea, de contribuir dentro de su reducida escala hacia el cumplimiento del mandato de Cristo: "Id, pues, e instruid a todas las naciones..." (Mateo 28, 19).

Todos los católicos deben acusar el impacto de este cambio y, reconociéndolo, deben comenzar por actuar y desempeñar su rol en el drama de la Iglesia viviente que desde el momento de su conversión ya ha sido legalmente suyo.

— MARCIANO LI. APARTE